

palabra impresa, bien aprendida de memoria podrá jamás reemplazar para él esos actos verdaderamente divinos?

Y aun puede hacer más si la amistad de otros compañeros de labor multiplica sus fuerzas. Las conversaciones serias con los compañeros de estudio, buscadores de verdad como él, le elevarán y afinarán, le adaptarán á todos los ejercicios del pensamiento, le darán osadía y sagacidad, enriquecerán al infinito el libro de su cerebro y le enseñarán á manejarle con perfecta facilidad. Sus amigos particulares, sus inmediatos compañeros de estudio no son los únicos á quienes podrá dirigirse, de quienes podrá apropiarse los conocimientos, el alma, por decirlo así; no siendo ya la ciencia un privilegio, un «sacerdocio» ejercido por algunos, tendrá por colegas y por iniciadores parciales todos aquellos que, en el mundo de los sabios, en las Universidades ó en otras partes, practican estudios paralelos. Ya en todos los países de Europa, y particularmente en Inglaterra, se ha establecido la costumbre de interrogarse por correspondencia, cartas ó periódicos, sobre todos los asuntos del saber; desde el campesino que roba una ó dos horas al descanso para estudiar en su granja, hasta los sabios ilustres del Museo británico, se ha formado como una liga fraternal para el cambio de las observaciones y de las ideas, en el cual no siempre el hombre rodeado de gloria da palabras de más valor. ¡Qué diferencia entre la ciencia libre, fundada en tan bello compañerismo, y la ciencia puesta al servicio de la industria y del lucro; por ejemplo, en esas fábricas, alemanas principalmente, donde hay químicos que trabajan unos al lado de otros, en compartimentos cerrados, con prohibición de comunicarse mutuamente el resultado de sus análisis y en la ignorancia de la investigación final á que se dedican sus trabajos preliminares!

Lo que ha de pedirse á los estudiantes no son diplomas, sino obras. Dirigidos los estudios en sentido del trabajo, y del trabajo útil, los jóvenes de ambos sexos habrán de manifestar lo que hayan hecho para colaborar en las empresas comunes de la humanidad. Del mismo modo que el salvaje primitivo debía probar que era hombre antes de ser considerado como tal, así como el obrero antiguo que aspiraba á maestro había de producir antes su obra maestra, así también todos los jóvenes comprenderán, si la opinión lo pide, que

no podrán entrar á título de iguales en la asamblea de los fuertes sin dar pruebas de participación en trabajos serios de utilidad pública, sobre todo en aquellos trabajos que requieren entusiasmo y espíritu de sacrificio.

Los estudios técnicos especiales en Moscou, en Boston y en muchas otras ciudades han demostrado que se puede esperar maravillas del trabajo de niños y de adolescentes que trabajan con entusiasmo como amigos y como émulos. No hay fábrica, puente, ferrocarril ni locomotora cuya construcción no pueda confiarse á grupos de jóvenes que hayan estudiado durante algunos años en los talleres y al pie de la obra. La multitud de alumnas enfermeras de Londres muestran hasta dónde pueden llegar los cuidados á los enfermos unidos al respeto de la dignidad personal. Si la enemistad, actualmente muy justificada, de los trabajadores y empleados que difícilmente ganan su vida en toda clase de trabajos no se opusiera al aumento de esa concurrencia desastrosa que les hacen los conventos, las cárceles y los depósitos de mendicidad, donde los empresarios disponen de una labor casi gratuita, no es dudoso que los millones de alumnos y de estudiantes ocupados en la actualidad casi exclusivamente en aprender de memoria lecciones recitadas podrían, con gran beneficio de su saber y de su salud, contribuir muy ampliamente á los preparativos y á la terminación de los trabajos necesarios á la conservación de la humanidad y á la economía de nuestro planeta.

Los regímenes políticos y sociales contemporáneos, basados sobre la propiedad privada y el salariado, prohíben que se disponga de esa fuerza prodigiosa que unas escuelas bien comprendidas tendrían en reserva, pero los hechos que se han producido ya excepcionalmente en distintos puntos, á pesar del sistema de educación impuesto, justifican ampliamente la confianza inspirada por la juventud á los precursores. Cuando no se retroceda ante el trabajo limitado de nuestros días por la necesidad de medir los salarios, nada impedirá explorar el globo en todos sus rincones, proceder á todos los trabajos de medidas y sondeos, hacer el inventario completo de todo el haber mundial, material é intelectual, acomodar el globo al ideal humano. La fuerza existe, sólo falta no temer servir de ella. Pero de todas las ocupaciones, la más urgente, aquella

para la cual se tiene más derecho á contar con el concurso de los jóvenes, es la obra de la educación de los niños, que les permitirá rendir á los representantes de la humanidad futura el beneficio que ellos mismos han recibido de la generación precedente; ¿no serán mejor empleados los años que se dediquen á la enseñanza que los dedicados al servicio militar actual, empleado en el estudio del asesinato científico?

La educación no tiene valor, ni siquiera sentido, sino á condición de servir en la vida, después de la salida de las escuelas, y de continuarse para la conservación y el progreso de las fuerzas intelectuales. La cosa es relativamente fácil para aquellos cuya profesión consiste en la aplicación de las ciencias que han estudiado en la Universidad; sin embargo, el mayor número de esos hombres autorizados por sus diplomas á seguir una carrera científica, se entregan por la rutina á practicar simplemente su arte y no saben siquiera mantenerse al corriente de los progresos que se hacen en la ciencia de que son intérpretes oficiales, corriendo gran peligro de especializarse estrechamente en los trabajos que les procuran el pan ó la fortuna. El médico, el jurista y el ingeniero, en el ejercicio de su oficio, descienden frecuentemente muy por debajo del límite de los exámenes que tan difícil les fué franquear la primera vez. Además, las condiciones actuales de la sociedad, determinadas por la conquista del oro, orientan la mayor parte de los hombres de ciencia hacia la adquisición de los bienes materiales, y ¿no se hace esta orientación en muchos casos á través de lo verdadero y lo falso, lo justo y lo injusto? ¿Acaso recientemente, antes de la era de la antisepsia, no era la medicina oficial esencialmente mortífera, á pesar de sus exámenes y sus diplomas, y, en sus maneras de tratar las heridas, no había quedado muy inferior á la práctica de los curanderos despreciados á quienes se prohibía el ejercicio de la medicina so pena de multa y prisión? En tanto que éstos, conformándose con las prácticas de la ciencia antigua, empleaban los unguentos preparados en caliente con la terebentina y las maceraciones en vino y aguardiente, es decir, continuaban las prácticas de cierta antisepsia tradicional, los médicos de la facultad, sujetos á los preceptos de sus profesores, aplicaban sobre las heri-

das el cerato y las cataplasmas, fabricando así laboratorios de microbios que desarrollaban la herida y determinaban la muerte¹. Á centenares de miles, la ciencia oficial, en el siglo XIX, mataba enfermos que los curanderos hubieran salvado.

Y, en otra profesión, la que debiera tener por resultado, por el estudio de la psicología de los hombres y de las naciones, un



LA CONFERENCIA DEL DOMINGO EN RUSIA
Cuadro de Bogdanoff-Bielski.

sentimiento de benevolencia universal, ¿no vemos á los más sabios juristas apasionarse por la persecución de los acusados, como lebreles que persiguen la caza? Necesitan víctimas y víctimas, y se muestran contentos y con la conciencia satisfecha cuando han logrado una sentencia de muerte, aunque sea contra un inocente.

No basta ser sabio para ser útil á la humanidad, ó, al menos, el sabio desviado no hace obra buena más que de una manera indirecta, por transmisión de la ciencia entre los hombres. ¡Pero qué manantial inagotable brota de la roca árida en el punto favorable que ha sabido adivinar la varita evocadora! El hombre dichoso que

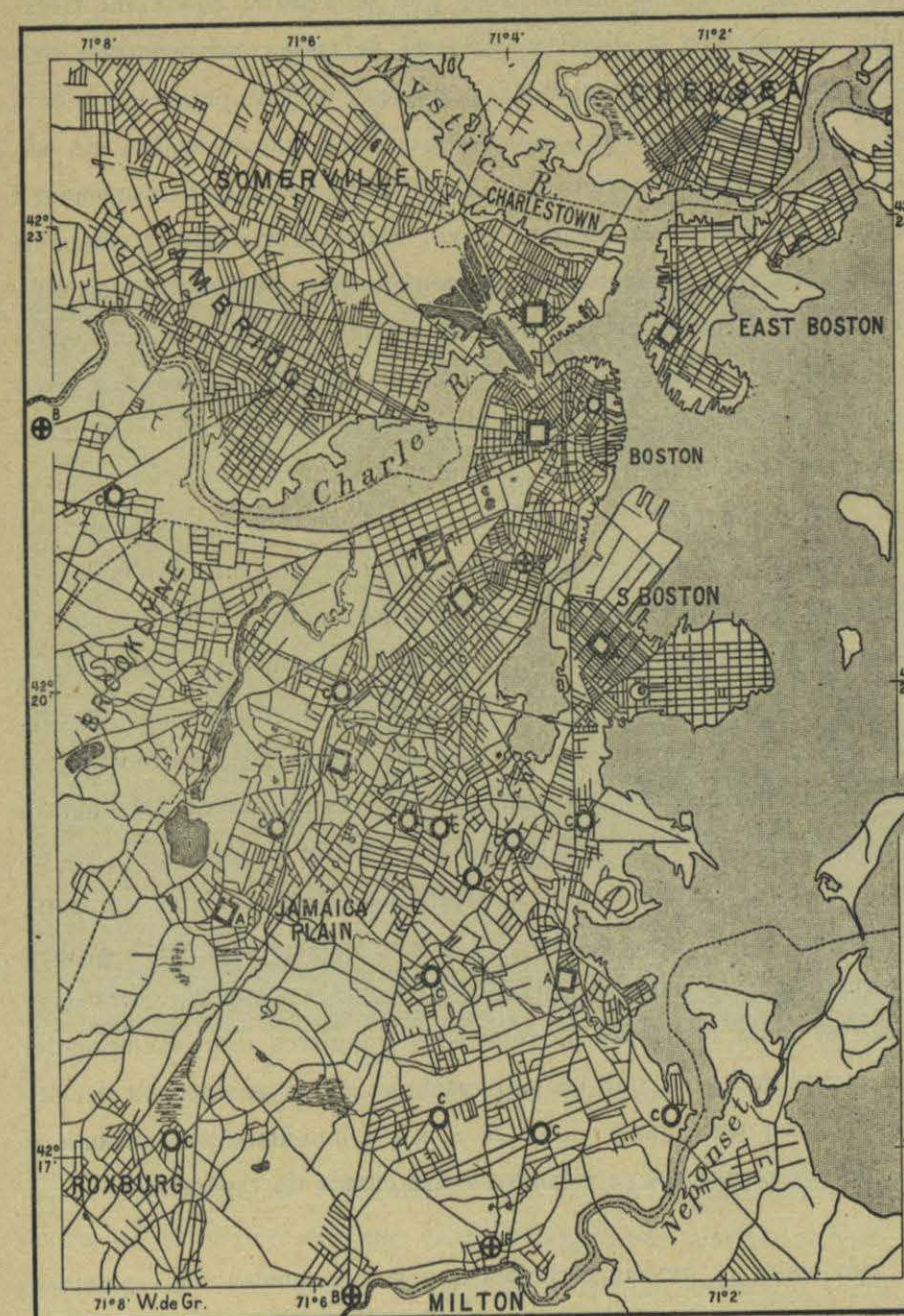
¹ Emile Forgue, *Revue Scientifique*, Diciembre 1901, p. 776.

enseña, ó, mejor aún, descubre, es un padre; multitudes de jóvenes nacerán á su alrededor, y la inmensa familia se aumentará indefinidamente sin que siquiera conozca una escasa parte de los que haya hecho surgir á la existencia intelectual. ¡Cuán grande es la descendencia de un Bacon, de un Descartes, de un Aristóteles y de un Humboldt! Todos los hombres que estudian reciben de esos antepasados el alimento nutricional y á su vez lo transmiten á una descendencia innumerable. En parte alguna se manifiesta más triunfante la solidaridad que en el mundo de la inteligencia, á través del espacio y el infinito de las edades.

Pero en un siglo en que se proclama la igualdad virtual de todos los ciudadanos, conviene que las alegrías del estudio y del saber no sean el privilegio de algunos elegidos: no es raro ver que hombres verdaderamente superiores por los conocimientos, y sobre todo por ese arte maravilloso de la palabra y del estilo que da tanto precio al pensamiento, lleguen hasta constituir con sus semejantes una especie de aristocracia delicada donde se disfruta con egoísmo, de finos goces intelectuales que permanecen incomprensibles para la multitud despreciada: todos esos pequeños cenáculos desaparecerán también, porque la ciencia no es forzosamente esotérica como en la época de las persecuciones y de los mártires: puede esparcirse libremente al exterior, y, por su misma naturaleza, trata de extenderse por todas partes. Aunque aconseje el proverbio «no echar perlas á los puercos», esta frase que se aplica con justicia al deber de dignidad que el poseedor del conocimiento debe á su tesoro, las verdades que tiene la dicha de poseer no dejan de ser un patrimonio común del que es sencillamente el usufructuario y del cual gozará tanto más cuanto mayor sea el número de los que de él participen. Aun siendo solo, habría de manifestarlo con ardorosa pasión á las aves del espacio, á los astros, á la Naturaleza entera.

Conviene que la «ciencia del bien y del mal», lo mismo que la de lo verdadero y de lo falso, objeto de la primera maldición religiosa, se extienda por toda la tierra y se distribuyan á todos los hombres en la medida de su buena voluntad y de su potencia de adaptación. Sin duda, la realidad actual está muy por debajo del ideal propuesto: del mismo modo que la enseñanza integral,

N.º 588. Bibliotecas públicas en Boston.



1: 100 000

0 1 2 4 6 Kil.

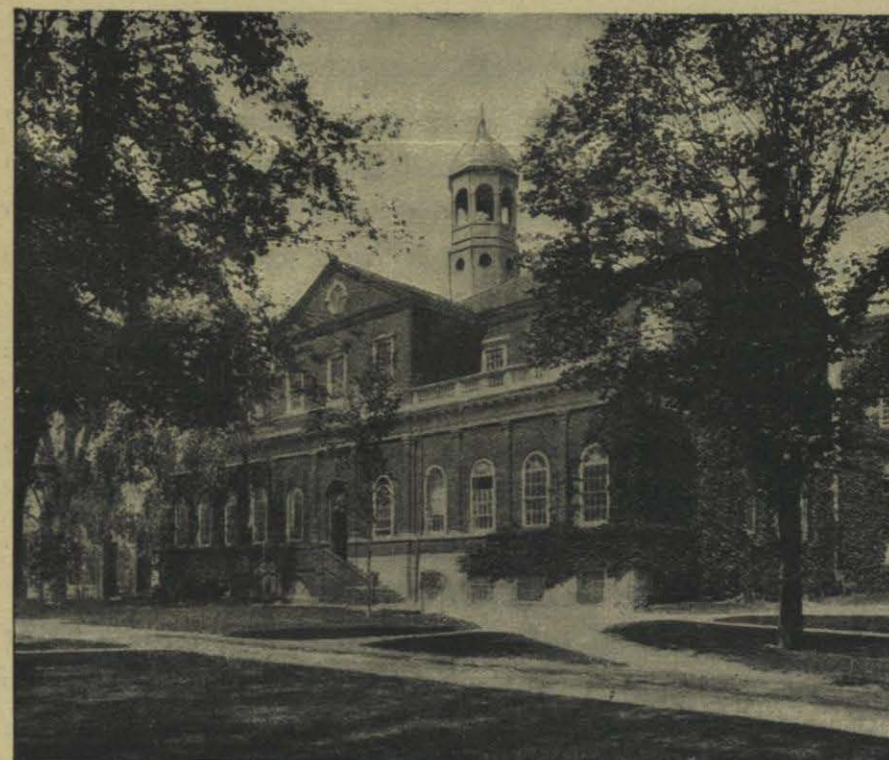
Los edificios marcados por un cuadrado A son bibliotecas principales; los signos redondos B, salas accesorias de lectura; los signos redondos C, los sitios donde se hace el cambio de los volúmenes prestados á domicilio.

La proporción de los habitantes que hacen uso de las bibliotecas varía, según los barrios, de 4 á 34 %; el término medio es de 12 %.

ofrecida á muchos, no suscita, sin embargo, más que un número relativamente corto de apasionados que se dedican con éxito al estudio, así también la difusión universal del saber no penetrará sino por grados en las profundidades atávicas de las poblaciones bárbaras, que se acomodan penosamente á un nuevo medio, no sin dejar en él numerosas víctimas. No obstante, el nuevo instrumental existe y funciona cada día con mayor actividad y eficacia: cursos de adultos, técnicos y profesionales, conferencias diurnas y nocturnas, ejercicios y demostraciones, veladas teatrales, y, por último, universidades populares, nacidas en distintos puntos, en Inglaterra, en América, en Francia, y tratando de apuntar como la fina ramilla de musgo en la sombría Rusia. Algunos doctrinarios de la ciencia antigua, tradicionalistas espantados de toda audacia juvenil, pueden afectar no ver en esas escuelas nacientes más que ensayos informes, condenados á perecer ó á lo sumo á vegetar miserablemente porque faltan á los alumnos de esas instituciones los estudios rudimentarios, es decir, el punto de apoyo indispensable de todo conocimiento ulterior; pero entre ellos hay quien trabaja con pertinaz voluntad de saber realmente, de construir su edificio á partir de los cimientos y que triunfan en su obra. Las pruebas se presentan ya en gran número, y son muchos los candidatos que pueden colocarse con orgullo al lado de los buenos alumnos adiestrados en el estudio científico durante toda la juventud y comparar sus obras. Hasta se ofrece la duda de si las universidades populares osarán emprender vías inexploradas en que las universidades de la aristocracia del saber dudarán arriesgarse. ¿No se sentiría humillada la Sorbona si uno de sus profesores se rebajase á dar cursos de esperanto?

Sin embargo, por importantes que sean ó puedan ser las universidades populares, su influencia es casi insignificante en comparación de la que posee la prensa, es decir, la voz misma de la humanidad. El prodigioso descubrimiento de la imprenta tuvo durante el curso del siglo XIX admirables consecuencias que nadie había previsto: esas «noticias diarias» de que algunos aventureros tuvieron idea desde la época del Renacimiento é intentaron su modesta realización en distintos puntos, en Italia, Alemania y Holanda, se pu-

blican actualmente por millones y millones de ejemplares en las calles de todas las ciudades, en las encrucijadas de todas las villas. Los diarios, alimentados de noticias por los hilos telegráficos tendidos en redes infinitas á través de las tierras y en las profundidades de los mares, aportan su conocimiento á quien quiere saberlas: en las aldeas más escondidas, allá donde los humanos de la gene-



Cl. A. G. Champagne.

UNIVERSIDAD DE HARVARD, EN CAMBRIDGE, CERCA DE BOSTON

ración precedente se contentaban con vegetar, egoistamente encerrados en el círculo estrecho de las ocupaciones diarias, aparece el repartidor de diarios, que ha llegado á ser tan necesario como el del pan; el colono y la criada le esperan á su paso por la puerta, en el cruce de los caminos, y es la hora alegre de su día aquella en que reciben la hoja que contiene la novela comenzada y los hechos curiosos de la historia de las naciones. Verdad es que el alimento intelectual de que tienen necesidad los millones de lectores esparcidos por el mundo no es de un gusto superior ni rico en substancia, pero todo requiere su principio. La impresión justa es

la de Zola, quien informado por unos amigos de la campaña organizada contra él en toda Francia por los diarios de mayor circulación, se alegraba pensando que los ignorantes de ayer se apasionan hoy por la lectura: si la hoja que se lee en este momento propaga la mentira la de mañana dirá la verdad.

Ante todo apréndase á leer, y del caos de las frases entremezcladas, la crítica acabará por extraer lo que es bueno y saber conservar en la memoria para la conducta de la vida. Además, ¿cuántas obras verdaderamente buenas hay en este inmenso diluvio de impresos que cae incesantemente sobre el mundo, que traen consigo una enseñanza especial en el oficio ó la profesión, ó el eco de algo grande que constituye un elemento de progreso que brota de un punto cualquiera del globo hacia el individuo uniéndole al conjunto de la humanidad pensante?

La influencia absolutamente preponderante de la prensa y de todas las artes que la acompañan, grabados, fotografías y reproducciones de toda especie, es el resultado de cambios demasiados recientes para poder formarse idea de las modificaciones correspondientes que introducirá en la vida política y social de las naciones. Pero sean cuales fueren la vulgaridad, la puerilidad, el deseo de escándalo y el patriotismo hipócrita de la mayoría de las hojas diarias y de las revistas periódicas, es indudable que ensanchan el espacio intelectual alrededor de los lectores, arrancándoles de la estrecha villa, de los muros de la ciudad primitiva, y gradualmente se producirá aquel trabajo de eliminación por el cual el público, deseando alimento más substancial, más en relación con los intereses generales, apartarán de la prensa las bagatelas que bastaban á su infancia. Evidentemente la invasión de este mar de conocimientos comunes á todos los pueblos se hará como la irrupción de un nuevo diluvio, llenando primeramente las regiones bajas, dejando islotes diseminados, pero la marea ascendente acabará por cubrirlo todo, y aunque la verdadera enseñanza se haga por la acción directa de individuo á individuo, el conjunto de la transformación intelectual, visto desde la altura, parecerá realizarse por grandes masas, por nacionalidades enteras.

Pregúntase si la omnipotencia de la prensa hará más todavía; si conducirá á todos los pueblos, sin quererlo y sin saberlo, á

hablar una lengua común, para lo cual ha hecho en esta dirección una gran parte del camino: los telegramas incesantemente cambiados entre todos los países del mundo están redactados en un estilo conciso, rápido, lógico, fácil de comprender por todos, mediante la adopción de un repertorio de palabras previamente convenido. Los artículos que desarrollan esos breves despachos sufren forzosamente la influencia de ese estilo, siendo además redactados en su mayoría sin el cuidado de la belleza literaria, como sencillas ampliaciones cuya escritura apenas se aparta de las frases habituales, y en las cuales se suele prescindir de las palabras originales y se emplean cada vez más los términos diplomáticos y parlamentarios pertenecientes á la colección de las expresiones corrientes usadas en los salones cosmopolitas. Aunque un Francés no pueda comprender el español, el italiano, el portugués y el rumano en sus prosistas y poetas sino después de un serio estudio, puede leer correctamente sus periódicos, en los que halla las mismas palabras con terminaciones diferentes y los mismos giros con algunos términos del país, que se adivinan por el conjunto de la frase. En todo el mundo latino la lengua universal está ya en vía de formación, y los lenguajes de las naciones eslavas, germánicas y anglo-sajonas se acomodan paralelamente para acercarse por la construcción general al término medio universalmente aceptado. En los congresos científicos internacionales ha quedado convenido que todos los auditores comprendan las principales lenguas occidentales.

Para el que ama su lengua materna y siente repugnancia por todas las jergas bastardas que invaden por todas partes, no el templo literario de las naciones, sino el atrio vulgar de la política y del comercio, el advenimiento de una lengua verdaderamente común puede considerarse como un verdadero beneficio, porque constituiría una revolución franca que, poniendo dos idiomas á la disposición de cada uno, el de uso internacional y el lenguaje de la infancia, permitiría defender éste contra la invasión de las palabras extranjeras — no por odio, sino por respeto — y contra los giros que no corresponden á su genio.

Que esta lengua común no pueda ser una lengua muerta como el sanscrito, el griego ó el latín, es de toda evidencia, á pesar de

los piadosos depositarios de los bellos idiomas de otros tiempos, porque esos antiguos lenguajes pertenecen á una civilización que la de nuestros días ha rebasado hace ya mucho tiempo: los nuevos pensadores necesitan un instrumento nuevo. Ninguna lengua moderna sirve tampoco para vehículo universal de la inteligencia humana. Aunque el francés y el inglés hayan podido ambicionar esta situación preponderante, las rivalidades nacionales no permiten que semejante conciliación se haga pacíficamente entre los hombres, y además no hay una de las lenguas actualmente habladas que no sea muy difícil de conocer bien, en el conjunto de su vocabulario, en la variedad de sus giros y matices, en las dificultades de su sintaxis ó en los escollos de su pronunciación: todas representan en su formación elementos múltiples, muy diferentes unos de otros, y la diversidad de las reglas, procedentes de las contradicciones iniciales, obliga á los alumnos á estudios muy profundos, por cuyo motivo la mayoría de los que en el extranjero estudian una de esas lenguas europeas se verían muy comprometidos para utilizarla á fondo como idioma universal; se limitan á cargar su memoria con cierto número de palabras y de frases que les facilitan las operaciones más usuales de la vida y las conversaciones corrientes; son jergas como el *sabir* mediterráneo y como el *pidgeon english* de los mares Pacíficos, no son lenguas.

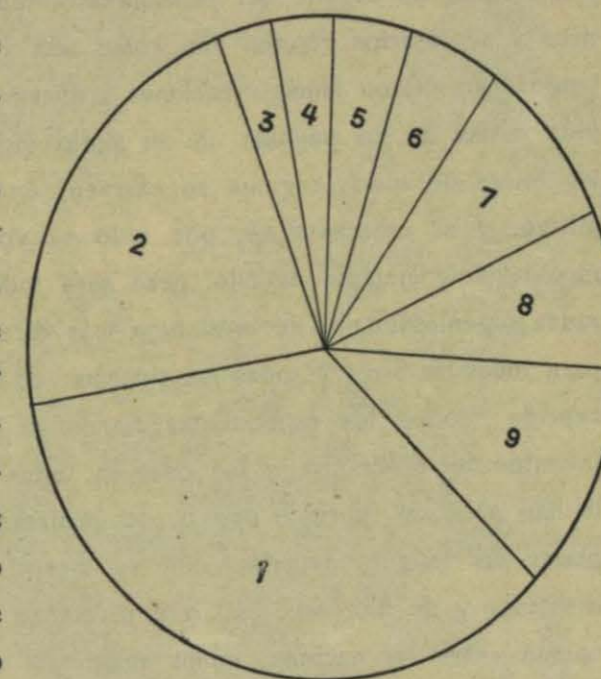
Tales son las razones que han inducido á los investigadores á confeccionar lenguajes artificiales libres de excepciones en el manejo de las reglas. En este sentido se han hecho numerosas tentativas y algunas han alcanzado bastante importancia para dar vida á una verdadera literatura. Entre todas esas creaciones, la que su autor, Zamenhof, ha calificado de *esperanto*, término cuyo sentido es fácil de adivinar, parece reunir muchas ventajas como lengua artificial. Las radicales del vocabulario no han sido escogidas por capricho individual, sino que se han impuesto naturalmente como pertenecientes por el uso á las principales lenguas de Europa y de América, sea por el fondo latino, el más importante de todos, sea por los lenguajes germánicos. En posesión de ese tesoro primitivo de las palabras, todo lo aproximado posible al conjunto de las lenguas europeas correspondientes á las naciones más civilizadas, el estu-

dante del nuevo idioma las modifica y combina por las formas fáciles de aprender para darles los matices necesarios, y se guía por reglas firmes para indicar los géneros, los números, los tiempos y los modos. Esas cuantas decenas de reglas, que pueden dominarse en un día, bastan para que el esperantista, manipulando su diccionario, escriba y comprenda la lengua universal: puede ponerse en relación con todos los

corresponsales que se han procurado la misma clave de relación común. El número de adeptos que han entrado ya en la vía de la realización práctica es bastante considerable para haber modificado algo la estadística postal: transcurridos solamente diez años desde el nacimiento del esperanto, los que lo utilizan en el cambio de cartas pasan ya de 120,000. ¡Cuántas len-

guas originales en África, en Asia, en América y hasta en Europa, com-

prenden un número de personas mucho más modesto! Los progresos del esperanto son rápidos y el idioma quizá penetra más en las masas populares que entre las clases superiores, llamadas inteligentes, debido, de una parte, á que el sentimiento de fraternidad internacional tiene su parte en el deseo de emplear una lengua común, sentimiento que se manifiesta principalmente entre los trabajadores socialistas, hostiles á toda idea de guerra, y, de otra, á que el esperanto, más fácil de aprender que cualquiera otra lengua, se ofrece ante todo á los trabajadores que tienen poco tiempo para sus estudios. Nótase, no obstante, que la mayor parte de los intelectuales



ALGUNAS LENGUAS COMERCIALES

1. Chino. — 2. Hindostano. — 3. Arabe. — 4. Italiano. — 5. Español. — 6. Francés. — 7. Ruso. — 8. Alemán. — 9. Inglés. — Cerca de las tres quintas partes de la población del globo comprenden al menos una de esas nueve lenguas ó uno de sus dialectos.

en las pequeñas naciones de la Europa sud-occidental, obligadas á volverse hacia la Europa del centro y del Oeste, tratan de adoptar el esperanto, aunque sea muy pobre todavía su bagaje científico, admirados de las naturales ventajas que les ofrece para entrar inmediatamente en relación con la civilización occidental.

Cosa curiosa, esa lengua nueva se utiliza ya ampliamente y funciona como un órgano del pensamiento humano, mientras sus críticos y adversarios repiten aún como una verdad evidente que las lenguas no fueron jamás creaciones artificiales y deben nacer de la vida misma de los pueblos, de su genio íntimo. Lo cierto es que las raíces de todo lenguaje se extraen, en efecto, del fondo primitivo, y el esperanto es, por todo su vocabulario, un nuevo é incontestable ejemplo de ello, pero esas radicales pueden ser matizadas ingeniosamente de la manera más directa, como se ha hecho para todas las artes y todas las ciencias; en este punto no hay excepción: todos los especialistas tienen su lenguaje particular. El inventor del esperanto, y los que, en todos los países del mundo, le han prestado enérgico apoyo, no profesan la ambición de reemplazar las lenguas actuales, con su largo y tan bello pasado de literatura y de filosofía, sino que proponen su aparato de relación común entre las naciones como un simple auxiliar de los idiomas nacionales. Sin embargo, quién sabe si nuestras lenguas cultas, tan nobles en boca de los genios que las han interpretado mejor y han hecho de ellas maravillosos ejercicios de fuerza, de flexibilidad y de encanto, por efecto de la ley del menor esfuerzo, tenderán de parte de aquellos á quienes la escuela haya hecho dueños de dos lenguas, una aprendida de la madre y otra adquirida en el diccionario, á entregarse al uso del idioma más fácil, más regular y más lógico. Como quiera que sea, una revolución tan capital como lo sería la adopción de una lengua universal, no podría realizarse sin producir en la vida de las naciones las más importantes consecuencias en favor de la paz y de un acuerdo consciente.

Todavía más rica en resultados será la revolución de la higiene que actualmente se opera en todos los países cultos del mundo, y aun en ciertas comarcas bárbaras, especialmente en las regiones pantanosas de donde se expulsa el mosquito anofeles, y sobre las

carreteras de los municipios donde se detienen los contagios mundiales como el cólera, la fiebre amarilla y la peste. Esos cambios son principalísimos porque se aplican directamente al conjunto de



Cl. A. Malvaux.

ESCUELAS Y HOSPITALES DE GINEBRA

Los espacios negros indican las escuelas primarias, secundarias, especiales y la universidad; los espacios rayados, los hospitales.

la humanidad como si constituyera un inmenso individuo. La vigilancia de la higiene universal se realiza actualmente á pesar de las fronteras, de las separaciones oficiales entre los hombres. Desde el punto de vista de la represión de las epidemias, la ciencia no dis-